

UN ACERCAMIENTO HISTORIOGRAFICO AL TARTESSOS DE SCHULTEN (*)

GONZALO CRUZ ANDREOTTI

Hoy en día pocos mantienen que la historia constituya una disciplina que evolucione por la propia dinámica interna de la acumulación de conocimientos. Una ojeada nada más que superficial sobre la historiografía desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días (considerada convencionalmente como aquella de la que nos sentimos herederos), viene a demostrar lo contrario: los métodos, los temas y las discusiones teóricas chocan y/o se suceden según vayan cambiando los horizontes científicos y el contexto histórico de una época (el institucional, el social o el ideológico). (1). La realidad histórica o la comunidad científica en que implícita o explícitamente se inscribe el historiador, condicionan el método del que se parte, las hipótesis, la selección de datos y los resultados (2). Partiendo de este principio, se ha desarrollado una historiografía a la que le ha bastado estudiar la "ideología" del autor para explicarse su labor. Tal planteamiento cae en el error de considerar al historiador como el eje del trabajo de historiar, sin tener en cuenta otros aspectos. Está claro, por ejemplo, que desde que en el siglo XIX se profesionaliza la historia, su desarrollo ha pasado porque el individuo tenga que integrarse en una institución con "particulares" sistemas de reclutamiento a partir de una línea, un maestro o una escuela. Pero, lo que puede ser más importante, el reconocimiento de la validez científica de los postulados, de la definitiva adquisición por medio de ello de una posición social, pasa por la aceptación de determinados contenidos, tendencias o modelos teóricos asumidos comúnmente (3). Como opina Iggers (4), las comunidades científicas establecen un patrón a partir del "consenso de lo que es evidente", del que se puede divergir sin poner en duda los principios fundamentales.

A partir de esta toma de postura, creemos que el análisis de un producto historiográfico debe pasar por estudiar las relaciones dialécticas entre el individuo-producción / comunidad científico-institucional /

(*) A la memoria del Profesor de Erlangen y en agradecimiento al *Deutsche Archäologische Institut* de Madrid por facilitarnos el acceso a sus fondos bibliográficos.

(1) M. MAZZA, "Ritorno alle Scienze Umane. Problemi e tendenze della recente storiografia sul Mondo Antico", *Studi Storici*, XIX 1978, pp. 471-472. G.G. IGGERS, *New Directions in European Historiography*, Londres, 1985 (Ed. revisada de 1975), pp. 5-6.

(2) M. DE CERTEAU, "La operación histórica", en J. le GOFF, P. NORA (Eds.), *Hacer la Historia*, I, Barcelona, 1978, pp. 16-17.

(3) *Ibidem*, pp. 21-25. IGGERS, *op. cit.*, p. 5.

(4) *Ibidem*, p. 10.

realidad histórica circundante (5). Retomando unas palabras de Fontana (6), de lo que se trata es de “estudiar la genealogía de nuestras concepciones del pasado para poner en claro el papel que desempeñan en nuestra comprensión de la sociedad actual y en nuestros proyectos de futuro”.

Posiblemente sea en la historiografía alemana del XIX y parte del XX donde mejor podemos ver a modo de *exempla* estos planteamientos, no sólo por el peso importantísimo que sobre la producción científica europea ha tenido hasta la Segunda Guerra Mundial (7), sino también porque son historiadores actividades integrados en los acontecimientos políticos de su momento —proceso de unificación y fortalecimiento del estado prusiano (8)— y conscientes del papel de sus trabajos, guiados por una concepción global de la historia y la sociedad (9). La Historia Antigua, que junto con la Medievalística y la Historia Nacional Alemana serán los temas más tratados, posee la ventaja de servir de modelo legitimador del proceso político que se vive con gran intensidad. No olvidemos que es considerado el primer período histórico donde el ser humano es consciente de su individualidad y en el que la actividad económica, social y espiritual se canaliza a través de un aparato político organizado y un estado definido territorial y jurídicamente, “herencia histórica” de los recién formados, o formándose, estados decimonónicos europeos (10).

Todo esto viene a justificar de por sí un análisis del *Tartessos* de A. Schulten desde esta perspectiva. Realiza su trabajo en un momento donde la tradicional historiografía alemana está plenamente consolidada, aunque con unas peculiares características; se forma con hombres de la talla de Mommsen, Wilamowitz o Nissen en universidades como Göttingen o Berlín (11), y colaborará con Weber (12) antes de dedicarse a la Historia Antigua peninsular. Pero cobra más valor a partir del peso que ha tenido en la historiografía española. Posee el mérito no sólo de abrir un campo de trabajo a los estudiosos españoles, sino también

(5) No queremos pecar de determinismo en nuestra exposición y, como apuntamos al final, existen otros elementos que van incidiendo en la producción histórica y, en concreto, en las aportaciones específicas, que, efectivamente, se van “superando” a medida que la investigación avanza.

(6) *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, 1982, p. 11. Es de destacar su excelente aparato bibliográfico.

(7) A. MOMIGLIANO, “Lo Storicismo nel pensiero contemporaneo”, *Revista Storica Italiana*, 73, 1, 1961, p. 105. v. G. LEFEBVRE, *El nacimiento de la Historiografía Moderna*, Barcelona, 1974, pp. 272-296.

(8) Una buena introducción sobre la aportación del historicismo dominante al aparato conceptual y político del proceso unificador lo vemos en IGGERS, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, 1967, pp. 13-23 y a lo largo de toda la obra en cada uno de los autores.

(9) *Ibidem*, p. 3.

(10) K. CHRIST, *Von Gibbon zu Rostovtzeff*, Darmstadt 1972, pp. 1-3. Anota que no en vano parte de los grandes teóricos alemanes de la historia se han dedicado a la Historia Antigua. En este sentido son muy clarividentes sus palabras: “Das Altertum ist dabei überwiegend nicht nur als eine von vielen abgeschlossenen historischen Formationen, nicht nur als eines von vielen Modellen menschlicher Erfahrung eingestuft, sondern in ein ganz besonderes dialektisches Verhältnis zur Gegenwart gestellt worden, weil es auf Grund seiner Kulturleistung für die Ausbildung einer modernen Zivilisation in Europa als notwendig komplementär erachtet werden konnte”, pp. 2/3. (Además la Antigüedad ha prevalecido no sólo como una entre muchas de las formaciones históricas ya acabadas; no sólo como uno de los muchos modelos de la experiencia humana; sino que también ha sido situada en una relación totalmente dialéctica con el presente, porque podía ser considerada, en base a su rendimiento cultural para el desarrollo de una moderna civilización europea, como imprescindiblemente complementaria).

(11) Para unos datos biográficos v. E. SEGURA, “A. Schulten y Extremadura” *Revista de Estudios Extremeños*, 1940, pp. 57-64, tomados de un artículo de M. CARDOSO también con motivo del 70 cumpleaños de Schulten en la *Revista de Guimarães* de 1940.

(12) MAZZA, *art. cit.*, p. 481. v. para Mommsen K. CHRIST, *op. cit.*, pp. 84-118 y para Wilamowitz M.M. CALDER, H. FLAS-HAR, Th. LINDKEN, (eds.), *Wilamowitz nach 50 Jahren*, Darmstadt, 1985, especialmente los capítulos III y IV.

de que las directrices de su pensamiento científico han sido y son una herencia pocas veces asumida. Le dió autonomía empírica al estudio de la protohistoria hispana y aportó el aparato conceptual a través del que durante muchos años se han analizado sus culturas. Si logramos ubicar historiográficamente las grandes líneas de su pensamiento, podremos plantearnos a *posteriori* nuestras herencias más allá de la perspectiva del avance de los conocimientos (13).

Se hace necesario, pues, ver la línea medular de su pensamiento e intentar explicárnosla dentro de un panorama historiográfico. Podremos, después, matizar ambos aspectos logrando mayor riqueza al debate.

Un constante que vemos en la obra de Schulten es la consideración de Tartessos como un estado centralizado (14). Así, por ejemplo, se le considera como “la más antigua ciudad comercial y el primer centro cultural de occidente, emporio hespérico comparable a aquellos focos antiquísimos de cultura oriental: Babilonia y Nínive, Menfis y Tebas, Knossos y Faistos (...) un Estado rico y bien organizado” (15). Pero “no era solamente una ciudad comercial; era, asimismo, una potencia. Poseían, como Cartago un gran imperio terrestre, y con él una amplia base y un firme sostén, que faltaba a las ciudades comerciales griegas, incluso a la misma Atenas. Ese gran imperio de Tartessos es un fenómeno histórico maravilloso. Tartessos es la más antigua ciudad estado de occidente. En este sentido recuerda a los imperios orientales. Como éstos, el Imperio de la ciudad de Tartessos se formó por una concentración del Estado en forma monárquica. Un Imperio tal y tan grande es signo inequívoco de un desarrollo cultural extraordinario” (16). Con

(13) En este sentido es característico que en España no abundan estudios historiográficos de las respectivas disciplinas, y sean pocos los trabajos que incluso lo han planteado desde el punto de vista interno o de superación de contenidos. El único de este estilo de L. PERICOT, (“Schulten y Tartessos” en *Tartessos y sus Problemas*, V.º *Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Jerez, Septiembre de 1968, Barcelona, 1969, pp. 63-74) tan sólo expone los presupuestos empíricos de los que partía Schulten, y va rebatiendo o afirmando sus tesis. Si bien son necesarios y ayudan enormemente a contextualizar el autor en sus líneas fundamentales, les falta un acercamiento a la situación historiográfica global. Tampoco proliferan estudios del tipo de W. GRÜNHAGEN, “Zur Geschichte der Abteilung Madrid des Deutschen Archäologischen Institut von 1929 bis 1979”, en *Das Deutsche Archäologische Institut. Geschichte und Dokumente*, Band 3, Mainz am Rhein, pp. 118-119, donde anota la primera estancia de Schulten en el mismo y valora su labor. Parece que en los últimos años va cambiándose la situación. A destacar el abundante contenido historiográfico de las Primeras Jornadas de Jóvenes Historiadores Catalanes, celebradas los días 4, 5 y 6 de Octubre de 1984, y editadas recientemente (Diciembre 1986) bajo el título *La Història i els Joves Historiadors Catalans*. En cuanto a nuestra específica área, sobresale el trabajo de J. CORTADELLA I MORRAL, “Reflexions sobre Historiografia Catalana: el paper de la Història Antiga”, pp. 421-425, donde pone de relieve la búsqueda de unos elementos étnico-culturales diferenciadores en el pasado clásico (concretamente el griego) por parte de la historiografía nacionalista catalana desde finales del XIX (es de destacar el papel de Bosch Gimpera). Es imprescindible citar, también, y por lo que atañe al tema aquí tratado, el excelente trabajo que el profesor L. GARCIA MORENO presentó al I.º Congreso Peninsular de Historia Antigua, celebrado en Santiago de Compostela en Julio de 1986, y bajo el título de “Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato, caudillo lusitano” (en prensa), en el que pone de relieve como la imagen que Schulten aporta de Viriato responde claramente a “prejuicios ideológicos”, al enfrentar el ideal de “buen salvaje” y “caudillo de la libertad así las posiciones antropológicas e historiográficas de Posidonio —que le son más rentables—, más que un estricto análisis de las fuentes (v.n. 33).

(14) Utilizamos la edición española de 1924, publicada por la Revista de Occidente, y cuya traducción del original alemán realizó M.G. MORENTE y revisó el propio Schulten. En cursiva y entre paréntesis remitiremos a las páginas de la edición alemana primera (Hamburg, 1922).

(15) A. SHULTEN, *Tartessos*, 1924, p. 11 (Hamburg, 1922, p. 2). v. por ejemplo el mismo término a partir de los conocidos anales y leyes tartésicas en p. 118 (p. 55).

(16) *Ibidem.*, pp. 152-153 (pp. 71-72): términos tan significativos como *Handelsmacht* o *das große Reich* son muy comunes.

estas palabras parece claro que quiere decir que el Estado es el elemento principal que caracteriza a una sociedad desarrollada y, al mismo tiempo, la condición *sine qua non* puede darse ésta (17). El modelo-tipo es nítido cuando lo compara con los modelos orientales (18). Pero, además, el modelo estatal es, por encima de otros condicionamientos, el principal elemento que define el paso de estadios de barbarie a civilización. Ello parece evidente cuando, planteando la diferente evolución de los iberos y tartesios, rechaza de plano un componente étnico común desde el período pretartésico (19) e incide más que en su distinta ubicación geográfica (que podría condicionar “estados de civilización”), en el origen cretense (20) arcaico de los segundos (21). Asimismo, define a los iberos por criterios culturales a partir de sus contactos con el exterior, concretamente con Oriente. Frente a los tartesios, no hay entre ellos “grandes territorios constituidos en unidad”, ni un cuerpo político organizado en monarquía, ni “comercio, industria, agricultura, arte o literatura”, por lo que, consecuentemente, no son ni hospitalarios (“odian lo ajeno”), son “fanáticos”, “belicosos”, “romos e indolentes” y “con cierto aspecto de animalidad” (22). Las costumbres y carácter de los hombres del sur, que se definen por todo lo contrario, son adquiridas no tanto por estar en un medio óptimo (aunque ello influye) (23), como por la influencia exterior: “los tartesios, por la situación favorable de la ciudad, por la riqueza de la tierra, por la capa anterior de cultura pretartesia, por las tempranas relaciones con Oriente, se habrían convertido en un pueblo culto, mientras que las demás tribus iberas permanecen retrasadas” (24). Último aspecto sobre el que incide persistentemente: “... y que su antigua y elevada cultura, tan diferente de la barbarie ibérica, sea debida a las tempranas relaciones con Oriente y al influjo de los tirios durante su dominación” (25); “la distinción que los autores (clásicos) hacen entre tartesios e iberos puede también interpretarse no como distinción etnológica sino como diferencia política” (26), rechazando criterios puramente etnológicos (27). Cuando en el Capítulo II desarrolla el origen de los pretartesios apunta la posibilidad de su origen oriental, sin entrar en el elemento autónomo que pervive (28), optando en el Capítulo VIII de forma clara por la hipótesis de que Tartessos pudo ser en su origen

(17) *Ibidem.*, p. 164 (p. 77): “De lo dicho se desprende la imagen de Tartessos como de un antiquísimo pueblo culto, que vio florecer en su seno la minería, el comercio marítimo, la industria y la agricultura; y que supo reunir en un gran imperio a las tribus meridionales; que se rigió por leyes y reyes propios; que tuvo una vieja y memorable literatura; que acogió hospitalario a los extranjeros...”.

(18) *Ibidem.*, p. 135 (p. 63) compara su medio físico óptimo con el de los imperios orientales; p. 146 (p. 68) compara los “canales de riego” del río Tartessos con los sistemas similares de Egipto y Babilonia; en p. 151 (p. 70) en relación a la escritura y en p. 157 (p. 74) a la estructura social. Sobre el “modelo desarrollado” concreto que utiliza v. *infra*.

(19) En muchas páginas desea demostrar con insistencia las diferencias entre uno y otros (v. especialmente pp. 163-170 — pp. 77-80—). En p. 169 (p. 80) se muestra incluso contrario a la hipótesis de que los tartesios sean un producto de la influencia oriental sobre las primitivas comunidades ibéricas. Ello no cuadra, por ejemplo, con las pervivencias ibéricas que dice existir en la región tartésica (p. 158 —pp. 74-75—) o con la afirmación del “origen africano de los tartesios”, en esta misma página. Contradicciones de este tipo nos hacen pensar que Schulten fuerza en exceso sus argumentaciones. v.n. 36.

(20) Se ha de hacer notar que se trata de una cultura plenamente “civilizada”, capaz de esparcir su civilización.

(21) SCHULTEN, *op. cit.*, pp. 167-170 (pp. 77-80).

(22) *Ibidem.*, pp. 164-165 (p. 78). Los términos “bárbaro”, “primitiva barbarie”, “barbarie africana” o “ibérica”, son comunes; igualmente la definición de “anárquicos” (p. 152 —p. 71—) o de indolentes” (p. 161—76—).

(23) *Ibidem.*, p. 168 (pp. 79-80): expone una gradación de pueblos de acuerdo a una relación entre “índice de barbarismo” / medio físico, en un orden de menor a mayor: tartesios, iberos, celtiberos —según se vayan alejando de la costa—, numantinos, galaicos, astures y cántabros. Tales concepciones de lo “bárbaro” y el determinismo geográfico no deja de sonarnos a Estrabón.

(24) *Ibidem.*, p. 168 (p. 79).

(25) p. 169 (p. 80).

(26) p. 167 (p. 79).

(27) pp. 168-169.

(28) pp. 25-36 (pp. 12-15).

una colonia cretense. Se extiende sobre los elementos que lo corroboran: la antiquísima cultura de los pre-tartesios —que asocia con Millares y Argar—; algunas coincidencias con Oriente —como las barras de cobre encontradas en Falmouth, de tipo cretense, y llevadas por los tartesios (29)—, y con las “más viejas naciones orientales” (30); los viajes cretenses, (31), etc. Si Tartessos fuera una colonia de los egeos “se explicaría su antigua y elevada cultura, como también sus coincidencias con Creta en metalurgia, en escritura, en culto a los toros, etc.” (32). Sigue teniendo en cuenta factores políticos cuando los iberos del sur que “estaban sometidos al dominio” de los tartesios, “se elevan a la categoría de pueblo” a partir de una “conversión política en tartesios” a diferencia de otros grupos de iberos de la zonas orientales que quedaban “libres” (33). Desde esta postura netamente difusionista, el proceso migratorio es determinante. La transición de la “barbarie” a la “civilización” es entendida como una aculturación radical a través de una dominación superestructural. Aunque otros elementos son tenidos en cuenta (34), el paso es prácticamente a partir de un proceso de conquista (35). El mecanismo de suplantación llega a tales niveles que para que el nuevo sistema pueda llevarse a cabo se hace necesario que los tartesios terminen teniendo un “carácter egeo” (36). De fondo está, pues, una visión europeocentrista de la historia, donde el modelo estatal-occidental se convierte en la clave para entenderse en términos de desarrollo o no desarrollo a nivel mundial, y que posee también su traducción económica: Tartessos es un Estado porque sin éste no se explica el tipo de comercio a gran escala sobre el que se fundamenta. Sólo la arqueología, que el autor practicará con posterioridad, podrá demostrar fehacientemente estas estructuras. No por casualidad una de las obsesiones de Schulten será la localización de Tartessos / ciudad: el haberla encontrado hubiera supuesto la demostración de sus hipótesis en este sentido (v. sus *Conclusiones*). A falta de ello, necesita desarrollar toda una compleja “estructura-estatal” a partir de una peculiar combinación de las fuentes (obviando su contexto-historigráfico y su datación cronológica), analizadas a modo evemerístico y cuyo nivel de información viene dado por su posición cronológica respecto a un presupuesto histórico difícilmente demostrable: ser anteriores o posteriores al cierre del estrecho por Cartago (37). Asimismo los esquemas difusionistas son reflejo del proceso

(29) p. 21 (p. 7).

(30) v. nota 18.

(31) SCHULTEN, *op. cit.*, pp. 20-22; 27-29 (pp. 6-7; 10-12).

(32) *Ibidem*, p. 169.

(33) *Ibidem*, pp. 167; 168. Se ha de hacer notar la contradicción entre valorar positivamente la conversión de los iberos en tartesios, pero, al mismo tiempo, también la “libertad” de los iberos del este; hay que añadir, la de valorar positivamente el sistema estatal como tal, pero negativamente en tanto estructura de dominación (v. *infra* y n. 79 y 80). Son las contradicciones propias del intentar casar el concepto de nación/etnia romántico con el de Estado, ilustrado en un proceso de colonización que se muestra, por ello, ambiguo.

(34) Los etnológicos o los físicos introducirían en todo caso pequeñas variaciones sobre el modelo único.

(35) SCHULTEN, *op. cit.*, p. 155 (p. 73) anota: “la ocupación de tan extenso territorio hace suponer que los tartesios fueron en su origen un pueblo guerrero. Cuando cayeron bajo el dominio de los tirios, no tenían nada de belicosos, sin duda. Pero entre este momento y la primera conquista había transcurrido un milenio quizás, y en tan largo tiempo pudieron muy bien debilitarse y abandonarse por efecto del clima suave de la nueva patria y de la riqueza pronto adquirida” (cf. con pp. 168-169 —pp. 79-80 cuando rechaza los condicionamientos físicos !).

(36) Paradójicamente hay elementos iberos que perduran (v.n. 19). De hecho en la obra están muy poco clarificadas las aportaciones de los pueblos exteriores: si son una colonia cretense —y las características de los tartesios serán egeas (pp. 158-162 —76-77—), la organización estatal puede recordar a los imperios orientales (v.n. 18).

(37) V. PERICOT, *art. cit.*, pp. 66/67. Sobre este tema, argumentación clave en su concepción de Tartessos como Estado entre estados, v. E.C. GONZALEZ WAGNER, *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: ensayo de interpretación fundamentado en los análisis de factores internos*, (tesis Doc.), Madrid, 1983, pp. 148-161. Es significativa la cita: “en realidad se ha concedido en muchas ocasiones demasiada importancia a los acontecimientos bélicos recordados por nuestras fuentes, exagerando su significación

de colonización reciente. En toda Europa, desde finales del XIX, se están estudiando los movimientos colonizadores y de conquista desde la perspectiva de la "llegada" de la civilización (extensión de la irrigación, comercio, ciudad, etc.) como forma de legitimar la historia inmediata (37 bis).

No se trata aquí de plantear un modelo alternativo, pero sí debemos analizar las razones historiográficas que nos expliquen esta insistencia en un único tipo de desarrollo y en la naturaleza positiva que posee: no hay nada más que confrontar la valoración del pueblo ibero en relación con el tartésico. Por todo ello, parece evidente que las limitaciones en su exposición y los juicios de valor responden a algo más que un planteamiento acertado del problema. Deberíamos ver si la historiografía responde a estas cuestiones.

Si la historiografía alemana posee un rasgo que la defina en los siglos XIX y gran parte del XX, es la consideración del Estado como institución presente y necesaria a lo largo de la historia. Ya la Revolución Francesa había hecho hincapié en la importancia de los cambios políticos en la evolución histórica (38). Pero también es cierto que ante la radicalización del modelo francés, es imprescindible un concepto de Estado que evitase excesos en su nombre, y, al mismo tiempo, que demostrarse que el cambio francés no era exportable al resto de Europa (39). El estado que se propugna construir, y que en Alemania está representado por Prusia, es el resultado de fuerzas históricas concretas (40), es decir, aquel que nace de la nación germana como producto de la conjunción de comunidades agrupadas por su lengua, su cultura, su historia, su religión y dentro de zonas fronterizas delimitadas (41). Con el concepto de nación se intenta de hecho legitimar un proceso de unificación que sólo beneficia a la clase dirigente prusiana y a la burguesía a través de un Estado que se erige en la institución representante y representativa del espíritu y los intereses de la comunidad. Preconizando que la defensa de su unidad y estabilidad es el mejor medio de proteger los valores supremos del pueblo alemán heredados de la historia, y que los diferencian de otros pueblos, y planteando a partir de aquí un modelo de Estado quasi-autoritario dentro de la más pura tradición milenaria, se procura evitar *de facto* procesos revolucionarios en su seno. El Estado —sin especificar cuál ni en manos de quién— se erige en el valor supremo de la colectividad. La nación es el término que consigue la cohesión social necesaria (42) para caminar hacia determinada unificación con reformas políti-

en menosprecio de otro tipo de relaciones como las políticas, las comerciales e, incluso, las culturales. También se ha exagerado, en virtud de unos pocos datos aislados, la configuración de las distintas fuerzas presentes en el mundo mediterráneo antiguo, concibiéndolas como grandes bloques étnicos y globalmente aliados o enfrentados" (pp. 148-149). v. por ejemplo, S.F. BONDI, "I Fenici in Occidente" en *Modes de Contacts et Processus de transformation dans les sociétés anciennes*, Pisa-Roma, 1983, pp. 379-407. y M.E. AUBET, "Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas", *Aula Orientalis*, 1-2, Enero-Julio, 1985, pp. 9-38, para un modelo de "expansión" fenopúnica.

(37 bis) v. por ejemplo, el estudio de P. BRIANT, "Impérialismes antiques et idéologie coloniale dans la France contemporaine: Alexandre le grand modèle colonial" en *Rois, Tributs et Paysans*, París, 1982, especialmente, pp. 284 y 289 /91.

(38) FONTANA; *op. cit.*, pp. 98-99.

(39) H. SCHNÄNDELBACH, *La filosofía de la historia después de Hegel. El problema del historicismo*, Barcelona, 1980 (ed. alemana de 1974), pp. 21-32. v. H. WHITE, *Metahistory, The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Londres, 1973, pp. 43 ss.

(40) IGGERS, *The German.. op. cit.*, pp. 7-8.

(41) Ed. FUETER, *Historia de la Historiografía Moderna*, T. II, Buenos Aires, 1953 (ed. alemana 1936), pp. 93-97; IGGERS, *The German.. op. cit.*, pp. 42-43; 52-56; E. BREISACH, *Historiography. Ancient, Medieval and Modern*, Chicago, 1983, pp. 229-230.

(42) FONTANA, *op. cit.*, pp. 115-117. Para el nacionalismo v. B. ANDERSON, *Imagined Communities, Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, 1983.

cas respetuosas con las tradiciones alemanas (43): el *Rechtstaat* más desarrollado sería el de una monarquía constitucional con importantes prerrogativas en el control parlamentario, política exterior y militar y dotada de órganos de representación popular (44).

La exposición de esta política carecería de justificación si no sabemos, como piensa Iggers (45), que la idea de Estado-nación está condicionando tanto la teoría del conocimiento como el análisis histórico. El nacionalismo alemán buscará un sistema filosófico que lo legitime y una historia que lo corrobore. Frente a la opinión que considera al historicismo como una praxis que huye del debate teórico, vemos desde los primeros momentos un intento de fundamentarse desde posiciones distintas de la Ilustración. Así, un acercamiento directo a la historia a partir de los hechos viene a demostrar, más que la validez de la aplicación de leyes universales, el carácter individual de las cosas y la historicidad en cada momento y lugar de los hechos, los valores y las personas. Si de esa observación directa se deduce la irracionalidad e individualidad de la historia, es imposible reducirla a leyes causales o concebirla como un plan divino (46). Por el contrario, sólo a través de los hechos podemos comprender (*verstehen*) o intuir (*erkennen*) lo que serían las esencias (*Wesen*) o tendencias (*Stimmung*). El Estado, la nación o los principios éticos que lo acompañan constituyen las tendencias que pueden observarse a partir de los hechos, y se convierten en los elementos nucleares de toda investigación histórica desde el momento que cohesionan, coordinan y dan estabilidad a todos los esfuerzos individuales. Desde una perspectiva filosófica son fuerzas históricas necesarias para reconducir el carácter irracional de la naturaleza humana (47). Metodológicamente la labor se irá conduciendo hacia el trabajo de los documentos originales del hecho político, del estadista o del Estado, a partir de los sistemas eruditos de crítica histórica (48). No en vano la medievalística, y en concreto el estudio de la lengua y las tradiciones populares a las bases del derecho germánico (49), y la Historia Antigua, en tanto que sociedades estatales legisladas jurídicamente con componentes étnicos y lingüísticos comunes (50), son las más estudiadas. La formación de entidades nacionales y la historia de los Estados constituyen, en la pretensión de que son constantes de la experiencia humana, la línea temática fundamental. Todo ello es así si tenemos en cuenta el papel jugado por las universidades. Paralelo al nacimiento de la idea nacional de la historia se consolidan y expanden las universidades, que desde los primeros momentos reivindican la independencia de la ciencia histórica de la filosofía de la historia y las ciencias de la naturaleza a partir de los axiomas que hemos apuntado. Allí nace el término *Volkegeist* asociado a la nación y se profundiza con el método erudito en las raíces de la nacionalidad alemana; allí se perfila la idea del movimiento sin

(43) FUETER, *op. cit.*, pp. 91-92; IGGERS, *The German.. op. cit.*, pp. 6, 7, 9.

(44) *Ibidem.*, pp. 14-15; FONTANA, *op. cit.*, 124-125.

(45) *The German.. op. cit.*, p. 44. Será la línea directriz de su trabajo.

(46) Para las similitudes y diferencias con Hegel v. IGGERS, *Ibidem.*, pp. 39-40 y FUETER, *op. cit.*, pp. 108-114.

(47) v. para ello a SCHNÄDELBACH, *op. cit.*, pp. 10 ss.. IGGERS, *The German... op. cit.*, 8-11, 56-62 (referido a Humboldt), 35-37 (referido a Herder) y *New Directions... op. cit.*, pp. 22.

(48) Sobre el papel de la erudición v. FUETER, *op. cit.*, pp. 137-140.

(49) Para personas como Jacobo Grimm o los *Monumenta Germaniae Historica*, o la labor de K.F. Eichhorn y Savigny en la búsqueda de las bases nacionales del derecho alemán —mezclando lo germánico y lo romano— v. G.P. GOOCH, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, 1942 (ed. inglesa de 1913), pp. 61-70, 71-82 y 49-60 respectivamente.

(50) Para el papel de la Antigüedad en personas como Niebuhr, Wolf, Boelkh o Mueller v. GOOCH, *ibidem.*, pp. 23-29, 33-35, 36-41, 42-48 respectivamente. También FUETER, *op.cit.*, pp. 142-146 y CHRIST, *op. cit.*, pp. 26-49 (Niebuhr).

revolución; y de allí salen los escritos y los cuadros que protagonizaran la unificación (51), sobre todo del lado del liberalismo alemán. La formación de grupos homogéneos desde el punto de vista metodológico y político se facilitaba gracias a su singular sistema de reclutamiento de los miembros, donde los Ordinarios cooptaban por medio de la *Habilitación* y anulaban toda posibilidad de disensión, más difícil aún tras consolidarse en 1870 el sistema bismarkiano (52).

Con estos datos podemos empezar a comprender la metodología y el planteamiento de un Schulten formado en universidades de una antigua y rica tradición filológica y metodológica de tipo historicista. Pero debemos considerar la cronología específica en la que el autor desarrolla su obra, desde finales del XIX, y *Tartessos* en concreto es del año 22 de nuestra centuria. De hecho, el optimismo metafísico en el Estado como solución a todos los problemas y clave de interpretación histórica, principio básico del historicismo rankeano, es puesto en duda (53). Hay dos fechas simbólicas y claves: 1848, y, sobre todo, 1870, con la Comuna de París y las convulsiones sociales que sorprendieron a Europa, así como la culminación definitiva del proceso de unificación tras la guerra pruso-austríaca y la proclamación consecuente del Gran Imperio Alemán. Ambas significan la irrupción de las masas de forma violenta que, en consecuencia, sacan a la luz la debilidad del sistema político. A partir de aquí, empieza a considerarse la cuestión de que los problemas socio-económicos también inciden en la marcha del país, y deben ser factores a tener en cuenta con pormenorizado detenimiento, y más cuando existe una ideología que los reconduce hacia alternativas políticas, como es el marxismo (54). La segunda constituye la culminación de la política de unificación, pero a costa de un enfrentamiento interno y la pérdida de credibilidad del sistema para garantizar la libertad y la seguridad al unísono, sobre todo en los sectores liberales. Es, también, el inicio de la máxima expansión de la revolución industrial, con los problemas sociales inherentes, y del fenómeno colonial (55). En suma, entra en una crisis profunda el concepto de civilización europea y progreso moderno entendido como un proceso único y benevolente (56).

Desde el punto de vista ideológico se cuestiona el idealismo de los principios del pensamiento nacional

(51) IGGERS, *New Directions...* *op. cit.*, pp. 12-23.

(52) Para el papel y funcionamiento de las universidades v. *ibidem.*, pp. 83-84 y *The German...* *op. cit.*, pp. 23-25. Para la evolución de las posiciones políticas del liberalismo alemán, que tuvo que sacrificar la libertad por la unificación v. *ibidem.*, pp. 90-103 y BREISACH, *op. cit.*, pp. 234-235.

(53) Sería demasiado extenso profundizar en las dos figuras fundamentales del historicismo, L. Ranke y G. Droysen. El segundo está conectado con nuestra disciplina a través de sus estudios sobre el helenismo, identificando la política macedónica con el proceso de unificación alemana v. para Ranke por ejemplo a IGGERS, *The German...* *op. cit.*, pp. 65-89, FUETER, *op. cit.*, pp. 146-160, GOOCH, *op. cit.*, pp. 84-109, WHITE, *op. cit.*, pp. 163-190, H. BUTTERFIELD, *Man on his Past. The Study of the History of Historical Scholarship*, Cambridge, 1955, pp. 100-141 y D. CANTIMORI, "L. von Ranke" en *Storici e Storia*, Torino, 1971, pp. 172-196 (original de 1959). Para Droysen v. también IGGERS *The German...* *op. cit.*, pp. 90-115, FUETER, *op. cit.*, pp. 168-171, GOOCH, *op. cit.*, pp. 141-146, CHRIST, *op. cit.*, pp. 50-67, BREISACH, *op. cit.*, pp. 278-279. Una excelente y mordaz crítica, con ese verbo fluido al que nos tiene acostumbrados, a lo que se esconde detrás de la historia de los hechos e intuitiva de Humboldt o Ranke, que no es más que un sujeto metodológico y temático, a partir del cual se incluye lo que se quiere, V.M.I. FINLEY, "Cómo ocurrió realmente" en *Historia Antigua. Problemas Metodológicos*, Barcelona, 1986 (original ed. inglesa de 1985; artículo de 1984), pp. 75 ss. (especialmente pp. 76-79; 80-82; 87-88. v. la crítica de Droysen, Acton o Meinecke a Ranke en pp. 79-80 y 82).

(54) FUETER, *op. cit.*, pp. 207-209.

(55) *Ibidem.*, pp. 281-284 y BREISACH, *op. cit.*, pp. 269-271.

(56) IGGERS, *The German...* *op. cit.*, pp. 124-133.

y, con ello, la estabilidad del sistema estatal europeo. El enfrentamiento entre dos potencias con un tronco nacional común —como el caso de Austria y Prusia— y de dos estados europeos —Francia y Prusia— incide en la consideración del Estado más como puro poder que intenta perpetuarse a sí mismo que como el representante de la voluntad nacional (57). El resurgir de las ciencias empíricas replantea el esquema providencialista de fondo y la antropología y etnografía con el conocimiento de otras culturas ponen sobre la mesa modos de comportamiento y de desarrollo humano que si bien son vistos con un espíritu despreciativo, no dejan de erosionar el concepto de cualidades innatas del hombre asociado a la cultura occidental y la posición de Europa como centro del mundo (58). La aparición del marxismo es uno de los componentes que fuerza el desarrollo de los estudios sociales y la Sociología, como ciencia que estudia las leyes de funcionamiento de la sociedad y las condiciones de su desarrollo, y demuestran incluso desde una perspectiva enfrentada al marxismo el escaso fundamento de hipótesis historicistas (59).

En la historiografía se suscitan ricos debates teóricos y aparecen nuevos temas y planteamientos. Aunque pervive una historia política que preconiza (y proyecta al pasado) la necesidad de un Estado fuerte que asegure la paz social (60), los factores socioeconómicos son tenidos en cuenta, aún respetando el marco de lo nacional. Como apunta Mazza (61) desde comienzos de siglo se intensifica la colaboración entre sociólogos, economistas y juristas, que en el campo de la Antigüedad está representado por la figura de Weber y sus estudios de economía agraria romana, en una línea no puramente política. Igualmente, la creencia en un Mundo Antiguo —especialmente el Clásico— homogéneo y ascendente, sucumbe. Precisamente Mommsen, por poner un caso significativo, aún dentro de poseer su obra un profundo carácter nacionalista, no deja de concentrarse en la crisis republicana y los problemas internos (62). Beloch, más aún, ya no creará a la manera de Droysen en el helenismo desde un punto de vista progresivo, e introducirá estudios económicos aunque desde una perspectiva capitalista, donde los “grupos económicos” se terminan convirtiendo en “partidos políticos” en pugna, lo que lleva consigo la necesidad de un Estado fuerte (63). Ante el envite de las ciencias de la naturaleza, dentro de la comunidad científica con formación historicista, se vuelve a plantear el problema de las leyes de la historia. Se buscan sino leyes —que se contradicen con el particular funcionamiento de la historia— sí, al menos, tendencias o tipos ideales de funcionamiento a través de los que ordenar el pasado. Aunque la idea de lo nacional subsiste, ya no se la considera como motor exclusivo de la historia, puesto que no se mantiene desde un punto de vista metodológico o filosófi-

(57) *Idem. The New Directions... op. cit.*, pp. 27-30.

(58) BREISACH, *op. cit.*, pp. 318-320, FUETER, *op. cit.*, pp. 16-17.

(59) LEFEBVRE, *op. cit.*, pp. 312-316, IGGERS, *The New Directions... op. cit.*, pp. 237-238.

(60) FUETER, *op. cit.*, pp. 209-312, GOOCH, *op. cit.*, pp. 111-134, BREISACH, *op. cit.*, pp. 235-236, IGGERS, *The German... op. cit.*, pp. 11-12. Para historiadores de estas características, como Sybel, Hauser, Treitschke, Dahlmann, etc., v. por ejemplo a GOOCH, *op. cit.*, pp. 111-161, FUETER, *op. cit.*, pp. 212-224, IGGERS, *The German... op. cit.*, pp. 116-125.

(61) MAZZA, *art. cit.*, pp. 479-483, FUETER, *op. cit.*, pp. 246-251, BREISACH, *op. cit.*, p. 270.

(62) Añadir a la bibliografía citada en n. 12 a FUETER, *op. cit.*, pp. 229-234, BREISACH, *op. cit.*, p. 237-238, GOOCH, *op. cit.*, pp. 453-473, e IGGERS, *The German... op. cit.* pp. 119-123. Como un estudio desde este punto de vista cf. F. WULFF, “Notas para el estudio de la historiografía moderna en el tema de las relaciones entre Roma e Italia en el siglo II a.c.”, *Baetica*, 6, 1983, pp. 204-210.

(63) MOMIGLIANO “G. Beloch”, en *Terzo Contributo alla Storia degli Studi Classici e del Mondo Antico*, I, Roma, 1966, pp. 239-265 (original de 1966).

co (64). La historia que se realiza ya no tiene como único eje lo político.

Si el *Tartessos* no encaja exactamente en este cuadro descrito para fines del XIX y comienzos del XX, sí en la reacción a éste. Schulten, en estos momentos, tal como señalan Mazza y Momigliano (65), se dedica a estudiar el latifundio antiguo, colaborando con Weber en el suplemento segundo de su *Handwörterbuch des Staatswissenschaftens* aparecido en 1897 y, en suma, participa del auge de los estudios de carácter socioeconómico más que de temáticas de carácter político. Estos son admitidos en las universidades, en las que difícilmente se admiten tesis radicales, donde al filtro interno se le suma el estatal, y, de hecho, las discusiones teóricas se mantienen dentro de un orden: la tradición nacional y el acerbo común antimarxista. Mayoritariamente, empero, la práctica histórica en las instituciones se limita a una radical especialización que conduce a lo que en términos rankeanos se denomina “contar simplemente lo que ocurrió” (66). Por la simple razón de que en estos momentos coexisten los análisis tradicionales con los novedosos, mezclados o independientes, no podemos hablar de un antes y un después de la Iª Guerra Mundial totalmente distintos en la historiografía alemana, como tampoco en Schuten. Pero sí es cierto que registramos tras la contienda algunas novedades: la sociología, la antropología y la economía van perdiendo sustancialmente terreno frente a la historia política y de las ideas, la *Geistesgeschichte* y la *Geisteswissenschaften*. La causa de esto es política y la consecuencia historiográfica importante: la clarificación de las tendencias por la vía de reforzar viejos moldes (67).

La Iª Guerra Mundial había generado profundos conflictos internos, tanto de orden social —detrás de los que está la sombra de la Revolución de Octubre—, como de índole político, con la sustitución del

(64) *Idem.*, “Historicism Revisited” en *Sesto Contributo... op. cit.*, I, Roma, 1980, pp. 23-32 (original de 1974) (sobre el problema del relativismo historicista). BREISACH, *op. cit.*, pp. 281-284, 326-327, IGGERS, *The German ... op. cit.*, pp. 134-273, EUETER, *op. cit.*, p. 257, MAZZA, *art. cit.*, pp. 479-483 y CANTIMORI, “Appunti sullo storicismo”, *op. cit.*, pp. 495-535 (original de 1945). Para Weber v. especialmente MAZZA, *art. cit.*, pp. 480-482, MOMIGLIANO, “M. Weber and E. Meyer: apropos of City and Country in Antiquity” en *Sesto Contributo... op. cit.*, I, pp. 285-293 (donde pone de relieve la pretensión weberiana de relacionar la decadencia romana con la alemana) (original de 1977) y “Dopo Max Weber?”, *Ibidem.* pp. 295-312 (influencia de Weber en la historiografía alemana) (original de 1978), Th. A. HEUSS, “M. WEBERS Bedeutung für die Geschichte des Griechisch-Römischen Altertums”, *Historische Zeitschrift*, 201, 3, 1965, pp. 529-556 (aportaciones del autor al tema del Estado, la religión o el “capitalismo” antiguos), W.J. MOMMSEN, “Universalgeschichtliches und politisches Denken bei M. Weber”, *Ibidem.*, pp. 557-612 y CANTIMORI, “Nota introductiva a M. Weber”, “M. Weber e la vita politica tedesca”, y “Studi sulle origini e lo spirito del capitalismo”, *op. cit.*, pp. 49-72, 73-79, 80-98 respectivamente (originales de 1948, 1949 y 1946) (interesantes, sobre todo, para analizar el Weber tras la Primera Guerra Mundial) y FINLEY, “M. WEBER y la ciudad —estado griega”, en *op. cit.*, pp. 132-156 (original de 1985) (sobre las concepciones weberianas del funcionamiento político de la ciudad— estado como forma de dominación).

(65) MAZZA, *art. cit.*, pp. 481-482, MOMIGLIANO, *Dopo... art. cit.*, pp. 295-296.

(66) IGGERS, *The New Directions... op. cit.*, pp. 84-85, *The German... op. cit.*, p. 326 (v. supra). Un buen ejemplo de la combinación de los análisis tradicionales (el azar y lo individual: la voluntad creadora del individuo; el constante fluir de la historia; el mundo griego como “superación” del oriental, lo político como el hecho a través del que se canalizan todas las iniciativas, etc.), con novedosos (no identificación de la nación como el motor de la historia; progreso económico según los clichés del capitalismo, etc.) lo tenemos en E. Meyer (“Sobre la teoría y la metodología de la historia” y “La individualidad en la Historia Antigua” en *El historiador y la Historia Antigua. Estudios sobre la Teoría de la Historia y la Historia Económica y Política de la Antigüedad*, México, 1955, pp. 3-53, 173-188 respectivamente —ed. alemana en Halle, 1910), dentro de los profundos debates que se generan en esta época (v. *art. cit.*, MAZZA y MOMIGLIANO n. 67 y n. 84 v. también FINLEY, *Cómo ocurrió... art. cit.*, pp. 83-84 que lo acusa de convertir la intuición en principio metodológico).

(67) MAZZA, *art. cit.*, p. 485 e IGGERS, *The German... op. cit.*, p. 236.

tradicional sistema monárquico por el republicano (68). La historiografía, sustancialmente conservadora, realiza la lectura política de los acontecimientos, y que, como es lógico, traslada al pasado: los períodos conflictivos son producto de crisis de las formas políticas, en una clara alusión a que la situación alemana es el resultado del abandono de las normas tradicionales de cohesión social y convivencia (69). A ello le debemos unir el rechazo a todo lo que sea socialismo o historia social ante el “fantasma” de la Revolución bolchevique (70), y así nos explicamos que el Estado vuelva a ser el protagonista de la historia, olvidándose otras hipótesis que, desarrolladas hasta sus últimas consecuencias, introdujesen fuertes dosis de relativismo que la recuperación ideológica del sistema no deseaba, u otras causas y soluciones no propiamente políticos para hacer frente a la crisis. La gran mayoría de la comunidad científica, educada como está en la tradición monárquica, no ve con demasiados buenos ojos la República de Weimar, a la que criticaran la excesiva condescendencia y democracia, males que condujeron al fracaso bélico (71).

Pensando que la estabilidad del Estado es el principal problema del presente, en sus historias de fondo está la creencia de que es la institución a través de la que se vertebran y se canalizan todos los esfuerzos individuales y colectivos. Así, si unos, por influencia del pasado reciente, profundizan en la temática de los conflictos exteriores y las crisis internas de los sistemas políticos (72), no sin aportar un mensaje de moderación, otros propugnan la tesis del *Machstaat* y de la razón de Estado, de la glorificación del poder y la violencia como única forma de superar las crisis (73). En uno y en otro caso la situación presente está incidiendo para que la temática política sea mayoritaria, para que se vuelvan a las viejas formas de hacer historia —aunque sin una perspectiva ética o idealizante (74)—, y, en última instancia, se recurre de nuevo a esta ciencia para corroborar los males del presente o buscar las soluciones: el consenso interior y exterior a partir de la moderación o de la revancha. Las soluciones de uno u otro tipo, que tienen por base un modelo de Estado y de evolución histórica, son propuestas siempre por las tendencias conservadoras más o menos radicales, cerrándose el acceso a las universidades y revistas especializadas a socialdemócratas, liberales de izquierda y pacifistas (75). No extraña así que se retome una interpretación nacional de

(68) MAZZA, *art. cit.*, pp. 86-88, BREISACH, *op. cit.*, pp. 326., 380-381.

(69) H. SCHLEIER, *Die bürgerliche deutsche Geschichtschreibung der Weimarer Republik*, Berlin, 1975, pp. 21-23.

(70) *Ibidem*, p. 25., IGGERS, *The German... op. cit.*, p. 236, MAZZA, *art. cit.* p. 486.

(71) IGGERS, *The German... op. cit.*, p. 238; SCHLEIER, *op. cit.*, pp.112-113, 162-163 aporta un buen estudio sobre la línea ideológica de las universidades alemanas, en las que se pone de manifiesto el rechazo de la gran mayoría de los centros y profesores al nuevo sistema político republicano, encabezando este “movimiento” Berlín.

(72) MAZZA, *art. cit.*, p. 488, MOMIGLIANO, *Dopo... op. cit.*, p. 307. CANTIMORI destaca en Weber tras el 18 un marcado antimarxismo, y la consideración de la política y el Estado como un juego de fuerzas en conflicto (en *Nota ... art. cit.*, pp. 56-57 y *M. Weber... art. cit.*, pp. 73-74). No en vano, como destaca FINLEY (*M. Weber ... art. cit.*, p. 141) las “formas legítimas de dominación” le preocupan mucho al final de su vida.

(73) Schleier destaca como existe una tendencia mayoritaria de naturaleza conservadora y monárquica que —frente a la política oficial de Weimar— defiende la adopción de medias duras y represivas, así como el fortalecimiento de cara al exterior, y que se acantona en las universidades, alegando la autonomía de las mismas. Opuesta a ella una tendencia más moderada que acepta a Weimar como un mal menor capaz de generar un nuevo consenso frente al caduco modelo bismarkiano. Los primeros, sin desear confundirse con ellos, irán aceptando algunas ideas de los sectores más irracionales, agrupando conceptos como “pueblo”, “raza”, “Estado”, “unidad de la naturaleza y la cultura”, “espacio vital”, caldo de cultivo del pensamiento nazi. (*op. cit.*, pp. 26-30, 241-253. v. también IGGERS, *New Directions... op. cit.*, pp. 85-86).

(74) IGGERS, *The German... op. cit.*, pp. 240-241.

(75) SCHLEIER, *op. cit.*, p. 162 destaca los procesos de jubilación forzosa de los miembros más liberales, y MAZZA cita las sustituciones en las direcciones de las revistas (*art. cit.*, p. 485), como la importante *Historische Zeitschrift*.

la unificación; que se propugne como salida a la situación de crisis la restauración de los valores románticos, o que se sea más sensible a los momentos críticos de la historia, al fenómeno del imperialismo o a soluciones dictatoriales. No en vano, el desarrollo de la prosopografía en Roma, el estudio de una sociedad tan sólo desde la perspectiva de las relaciones de la clase dirigente, las conexiones —de nuevo— con el mundo clásico frente a lo oriental, el impulso de los trabajos desde la perspectiva institucional o constitucional, etc., olvidando los factores sociales y económicos, es el claro resultado de lo descrito (76): demostrar por medio del pasado que los problemas y las soluciones son políticas, y esconder las contradicciones sociales de fondo.

Con todo esto, posiblemente sea más situable la obra de Schulten. Consciente o inconscientemente, nuestro autor aporta su grano de arena a la reconstrucción del papel del Estado como constante histórica. Pero Tartessos como Estado tiene determinadas características que se hace necesario analizar.

Se organiza a través de una monarquía centralizada (77), comparada con los imperios orientales, con un espacio territorial imperial (78), sin base étnica común (79), con una organización social jerarquizada donde cada uno cumple su función (80), con su *corpus legal* (81), etc. Una sociedad “plenamente desarrollada” también en el ámbito económico: como emporio comercial (82), mantiene el *monopolio* del tráfico del metal hacia el norte y Oriente (83), constituyendo el mercado la pieza clave de una actividad económica básicamente comercial (84), apoyada por la tutela estatal que se traduce, por ejemplo, en la disposición de una buena red de carreteras (85). No olvida otros sectores como el agrícola, organizado en el valle de Betis a través de una red de canales (86), la ganadería (87) o las manufacturas e industrias metalúrgicas (88). Tenemos, pues la imagen de una economía de mercado que se desarrolla a través de un aparato administrativo estatal. A ello le acompaña la consideración de que los tartesios son mercaderes prudentes que saben utilizar el monopolio y lo explotan en su justa medida (89), que son pacíficos (90), alegres, hospitalarios

(76) *Ibidem.*, pp. 488-489., MONGLIANO, *Dopo... art. cit.*, p. 308.

(77) SCHULTEN, *op. cit.*, p. 146 (pp. 68-69), 152 (p. 71), etc. v. n. 84.

(78) *Ibidem.*, p. 88 (p. 40), 90 (p. 41), 152-153 (p. 71), etc.

(79) Se produce una dominación y superposición desde el comienzo de los tartesios sobre un grupo de tribos —pp. 154-155 (pp. 72-73)—. (¡que eran convertidos en llotas!)

(80) pp. 156-157 (p. 74). v.n. 33.

(81) pp. 22-23 (p. 8), 148-151 (pp. 69-71), etc.

(82) p. 9 (p. 1), 11 (p. 2), etc.

(83) p. 21 (p. 7), pp. 28-29 (12-13), 82 (p. 37), pp. 136-145 (pp. 64-68), etc. Es significativo que dedique a la actividad comercial mayor número de páginas que al resto. El subrayado es propio.

(84) p. 32 (p. 13), pp. 54-55 (p. 24), etc. Para un debate de la ausencia de mercado en las economías orientales, así como los prejuicios contemporáneos en el tratamiento del tema (de Meyer o de Weber que intentaban aplicar los sistemas económicos complejos —con o sin mercado— del comportamiento económico actual) v. K. POLANYI et alii, *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos*, Barcelona, 1976, pp. 61-75.

(85) p. 58 (Mainake / Tartessos) (p. 26), 62 (Hemeroskopeion / Tartessos) (p. 27), 85 (pp. 38-39), etc.

(86) p. 146 (p. 68).

(87) p. 44 (p. 20), p. 72-73 (p. 33), p. 135 (p. 63), etc.

(88) pp. 25-26 (pp. 10-11), p. 59 (p. 26).

(89) p. 161 (p. 76).

(90) p. 160 (p. 76), p. 164 (p. 77).

(91), emprendedores (92) y cultivados (93), frente a la codicia (94), afán de conquista (95), astucia (96), y barbarismo (97) de los fenopúnicos, que sólo desean acaparar y explotar exclusivamente para sí la riqueza (98). Son los valores consustanciales a esta nueva sociedad. Con ello entendemos perfectamente lo que piensa Schulten por “desarrollo” vía estatal en oposición a lo bárbaro, que adquiere mayor trascendencia si vemos que en lo “bárbaro” incluye a Cartago. Por eso, lo cierto es que esta sociedad basada en el papel del Estado en una economía de mercado de grandes monopolios (¡pero que se rige “por el espíritu del verdadero comerciante” (99)!), donde la armonía y la paz social sólo es rota por la agresividad imperialista, y que representa en palabras de Schulten “la más antigua cultura espiritual europea” (100), corresponde al ideal de la Europa de las naciones que han convivido en paz (modelo político) y prosperidad (modelo económico) mientras no se han aventurado en proyectos militaristas. Si el *Tartessos* pretende demostrar, yéndose al pasado, el carácter positivo del modelo nacional europeo, y la irreversibilidad de caminar hacia él, (101), también se avisa de los peligros del imperialismo, evidentemente ejercido por pueblos con las características y las intenciones de los púnicos. Estos son definidos por su avaricia y deseo de anexionarse territorios, frente a los tartesios, cuya intención era simplemente comerciar sin negar a nadie el acceso a la riqueza (102). De hecho, Cartago pretende bloquear el estrecho e impedir la libre circulación (103). Parece clara la toma de postura favorable hacia posiciones de competencia leal en el campo económico y político, frente a los monopolios excesivos. La sombra de la guerra mundial está de fondo cuando afirma: “las ruinas de Tartessos y de Mainake, como las de Cartago y Corinto, constituyen la más elocuente prueba del odio feroz con que son llevadas las luchas político-comerciales, sólo comparables en este punto con las guerras de religión (104). Mensaje de no agresividad que se respiraba en la historiografía de corte liberal de postguerra.. No olvidemos que Erlangen, en palabras de Schleier (105), no era precisamente una Universidad donde los sectores más conservadores tenían su feudo.

Esta imagen interna de Tartessos es profundamente estática. El carácter predominante descriptivo de la sociedad, donde todos los elementos encajan a la perfección como si de un rompecabezas se tratase,

(91) p. 39 (p. 17), p. 65 (p. 29), etc.

(92) p. 136 (p. 64), p. 161 (p. 76).

(93) p. 148-151 (pp. 69-71) desarrollan una literatura, pp. 147-148 (p. 69) y un arte.

(94) p. 95 (p. 44), p. 99 (p. 46).

(95) p. 96 (p. 44).

(96) p. 107 (p. 49).

(97) p. 95, n. 1 (p.44) v. n. 106.

(98) El tratadísimo tema del bloqueo (por ejemplo p. 85 pp. 38-39), 105-108 (pp. 48-50), etc.

(99) p. 161 (p. 76). No son extrañas afirmaciones del tipo de: “... y no porque fueran bárbaros estúpidos, sino que como prudentes mercaderes sabían apreciar el valor del monopolio que tenían del estaño” (*ibidem*). En pp. 134-135 (63) compara a Tartessos / ciudad comercial con Lisboa, Burdeos, Amberes, Londres, Hamburgo; en 142 (p. 67) los viajes tartésicos hacia el norte con los de los italianos hacia Brujas. No es, por ello, nada casual enfatizar la naturaleza comercial capitalista del emporio.

(100) p. 48 (p. 69) v.n. 10.

(101) Oviando, lógicamente, todo análisis social fondo.

(102) v. su Capítulo VI titulado *Los cartagineses y la destrucción de Tartessos*. (similar en la edición alemana).

(103) v.n. 98.

(104) p. 99 (p. 46).

(105) *op. cit.*, p. 163.

donde lo social y lo económico adquiere una naturaleza administrativa, contrasta con el dinamismo de la historia externa. Tartessos va a estar incluido en un juego de potencias, en el que se suceden períodos de servidumbre y libertad hasta su caída definitiva. La explicación no podía ser nada más que historiográfica. Si se pretende demostrar que el Estado es la forma más desarrollada de organización a la que el hombre debe llegar, con las características que hemos ido viendo de logros económicos, culturales, etc., la historia será la de las relaciones —conflictivas o no— entre los estados, pero nunca como es lógico la de las contradicciones internas o el papel que cumplen los mismos. Tartessos es, así, un sistema estatal perfecto, organizado adecuadamente a partir de un modelo implantado, que parece que se repite a lo largo de toda su historia, frustrado solamente por los acontecimientos internacionales. Esta concepción, tradicional en la historiografía alemana, adquiere mucho mayor relevancia tras la guerra mundial. Schulten no escapa de ella (106) y es consustancial en todo su trabajo, en tanto que constituye, de alguna manera, el segundo eje a partir del que se justifica plenamente su planteamiento: el modelo estatal perfecto *debería* ser el de la coexistencia pacífica. La historia es la de los estados y las relaciones que se establecen entre ellos. No obstante, y por el período en que vive, no se deja de respirar en la obra un cierto fatalismo, la consideración de que la historia es la sucesión de conflictos mundiales ininterrumpidamente.

Podemos concluir que parece cierto que la visión de Tartessos encaja en las tradiciones historiográficas alemanas revividas tras el 18. Tartessos no es más que *su* imagen ideal del mundo actual. Legitimado por su pervivencia histórica, y, constituye una jugosa reflexión sobre los motivos y las alternativas —desde el punto de vista del autor— a la decadencia presente, que fue la pasada. La didáctica del pasado reconstruye también el presente. Existen otros aspectos a tener en cuenta para analizar la obra del autor, tales como las fuentes utilizadas, el método seguido para su estudio, la bibliografía, el seguimiento pormenorizado de sus maestros o las universidades donde estuvo, el análisis de la obra al completo, etc., imposibles de tener en cuenta en trabajos de este tipo. Lo dicho no es óbice para no reconocerle al profesor alemán el mérito de muchas aportaciones y, sobre todo, el impulso de la incipiente historiografía, aún sumida muchas veces en los avatares de la erudición local.

(106) Merece la pena anotar afirmaciones como las siguientes: “En este doble ascenso y descenso de la investigación, se refleja el destino de la cultura humana, cuya historia muestra, no un progreso continuo, sino una continua sucesión de altas y bajas, y que hoy, en esta época de odios de razas y clases, parece declinar hacia una nueva decadencia” (p. 94 —p. 43—). “Alalia es también el primer acto de la *guerra mundial* entre los helenos y los bárbaros (persas, cartagineses, etruscos). Las grandes decisiones de esta guerra tuvieron lugar unas veces en Oriente (Lade, Maratón, Salamina, Micala, Platea) y otras en Occidente (Alalia, Himera, Kyme)” (p. 95, n. 1 —p. 44—). Para esto es muy significativo el comentario textual de González Wagner anotado en n. 37. El subrayado es propio.